Calixto Garmendia

Este Zine es un cuento de Ciro Alegría con dibujos de Jesús Cossio e incluye una reflexión escrita por James Scorer

1. Transcripción del Zine

PORTADA

Calixto Garmendia, un cuento de Ciro Alegría con dibujos de Jesús Cossio

IMAGEN

Calixto Garmendia de la cintura hacia arriba. Calixto es mestizo, de piel oscura y con rasgos indígenas. Tiene el pelo corto, negro, peinado hacia atrás y bigote. Está usando una camisa blanca. Tiene la boca abierta su mano izquierda señala hacia arriba con el dedo índice y su mano derecha está en forma de puño. Su expresión transmite enojo.

SALTO DE PÁGINA

Texto de James Scorer (ver segunda parte del documento)

SALTO DE PÁGINA

-Déjame contarte -le pidió un hombre llamado Remigio Garmendia a otro llamado Anselmo, levantando la cara-. Todos estos días, anoche, esta mañana, aun esta tarde, he recordado mucho... Hay momentos en que a uno se le agolpa la vida... Además, debes aprender. La vida, corta o larga, no es de uno solamente. La voz se le fraguaba hondo y tenía un rudo timbre de emoción. Blandíanse a ratos las manos encallecidas. -Yo nací arriba, en un pueblito de los Andes. Mi padre era carpintero y me mandó a la escuela. Hasta segundo año de primaria era todo lo que había. Y eso que tuve suerte de nacer en el pueblo, porque los niños del campo se quedaban sin escuela. Fuera de su carpintería, mi padre tenía un terrenito al lado del pueblo, pasando la quebrada, y lo cultivaba con la ayuda de algunos indios a los que pagaba en plata o con obritas de carpintería: que el cabo de una lampa o un hacha, que una mesita, en fin.

IMAGEN 1

Retrato de Remigio Garmendia adulto. Remigio tiene el pelo corto peinado hacia un lado usa camisa blanca y blazer.

IMAGEN 2

Remigio aparece de espaldas hablándole a Anselmo quién sostiene un vaso en su mano derecha.

SALTO DE PÁGINA

Desde un extremo del corredor de mi casa, veíamos amarillear el trigo, verdear el maíz, azulear las habas en nuestra pequeña tierra. Daba gusto. Con la comida y la carpintería, teníamos bastante, considerando nuestra pobreza. A causa de tener algo y también por su carácter, mi padre no agachaba la cabeza ante nadie. Su banco de carpintero estaba en el corredor de la casa, dando a la calle. Pasaba el alcalde. “Buenos días, señor”, decía mi padre, y se acabó. Pasaba el subprefecto. “Buenos días, señor”, y asunto concluido. Pasaba el alférez de gendarmes. “Buenos días, alférez”, y nada más. Pasaba el juez y lo mismo. Así era mi padre con los mandones.

IMAGEN 1

La familia de Remigio al frente de su casa. Calixto lleva un lápiz en la oreja usa camisa blanca tirantas y pantalón gris su mano izquierda posa sobre el hombro del joven Remigio quien sostiene un maíz. En primer plano se encuentra la madre de Remigio peinada con dos trenzas, aretes y saco.

SALTO DE PÁGINA

Ellos hubieran querido que les tuviera miedo o les pidiese o les debiera algo. Se acostumbran a todo eso los que mandan. Mi padre les disgustaba. Y no acababa ahí la cosa. De repente venía gente del pueblo, ya sea indios, cholos o blancos pobres. De a diez, de a veinte o también en poblada llegaban. “Don Calixto, encábecenos para hacer ese reclamo”. Mi padre se llamaba Calixto. Oía de lo que se trataba, si le parecía bien aceptaba y salía a la cabeza de la gente, que daba vivas y metía harta bulla, para hacer el reclamo. Hablaba con buenas palabras. A veces hacía ganar a los reclamadores y otras perdía, pero el pueblo siempre le tenía confianza. Abuso que se cometía, ahí estaba mi padre para reclamar al frente de los perjudicados.

IMAGEN 1

Calixto escuchando a la gente del pueblo.

IMAGEN 2

Calixto marchando con la gente del pueblo.

SALTO DE PÁGINA

Las autoridades y ricos del pueblo, dueños de haciendas y fundos, le tenían echado el ojo para partirlo en la primera ocasión. Consideraban altanero a mi padre y no los dejaba tranquilos. Él ni se daba cuenta y vivía como si nada pudiera pasar. Había hecho un sillón grande, que ponía en el corredor. Ahí solía sentarse, por las tardes, a conversar con los amigos. “Lo que necesitamos es justicia”, decía. “El día que el Perú tenga justicia, será grande”. No dudaba de que la habría y se torcía los mostachos con satisfacción, predicando: “No debemos consentir abusos”. Sucedió que vino una epidemia de tifo, y el panteón se llenó con los muertos del propio pueblo y los que traían del campo. Entonces las autoridades echaron mano de nuestro terrenito para panteón. Mi padre protestó diciendo que tomaran tierra de los ricos, cuyas haciendas llegaban hasta la propia salida del pueblo.

IMAGEN 1

El alcalde del pueblo mira con desconfianza y recelo a Calixto quién está retenido por un guarda. El alcalde es mestizo, usa sombrero, traje y corbata.

SALTO DE PÁGINA

Dieron el pretexto que el terreno de mi padre estaba ya cercado, pusieron gendarmes y comenzó el entierro de muertos. Quedaron a darle una indemnización de setecientos soles, que era algo en esos años, pero, que autorización, que requisitos, que papeleo, que no hay plata en este momento... Se la estaban cobrando a mi padre, para ejemplo de reclamadores. Un día, después de discutir con el alcalde, mi viejo se puso a afilar una cuchilla y, para ir a lo seguro, también un formón. Mi madre algo le vería en la cara y se le prendió del cogote y le lloró diciéndole que nada sacaba con ir a la cárcel y dejarnos a nosotros más desamparados. Mi padre se contuvo como quebrándose. Yo era niño entonces y me acuerdo de todo eso como si hubiera pasado esta tarde.

IMAGEN 1

En el cementerio, un hueco se encuentra siendo excavado para crear una nueva tumba

IMAGEN 2

Calixto de espaldas suelta su herramienta en la mano izquierda para abrazar a su esposa quien lo sostiene fuertemente.

SALTO DE PÁGINA

Mi padre no era hombre que renunciara a su derecho. Comenzó a escribir cartas exponiendo la injusticia. Quería conseguir que al menos le pagaran. Un escribano le hacía las cartas y le cobraba dos soles por cada una. Mi pobre escritura no valía para eso. El escribano ponía al final: “A ruego Calixto Garmendia, que no sabe firmar, Fulano”. El caso fue que mi padre despachó dos o tres cartas al diputado de la provincia. Silencio. Otras al senador por el departamento. Silencio. Otras al mismo Presidente de la República. Silencio. Por último mandó cartas a los periódicos de Trujillo y a los de Lima. Nada, señor. El postillón llegaba al pueblo una vez por semana, jalando una mula cargada con la valija del correo. Pasaba por la puerta de la casa y mi padre se iba detrás y esperaba en la oficina del despacho, hasta que clasificaban la correspondencia. A veces, yo también iba. “¿Carta para Calixto Garmendia?”, preguntaba mi padre. El interventor, que era un viejo flaco y bonachón, tomaba las cartas que estaban en la casilla de las G, las iba viendo y al final decía: “Nada, amigo”.

IMAGEN 1

Silueta del cartero caminando con un bastón de palo y llevando el correo en mula

IMAGEN 2

El cartero sosteniendo cartas en sus dos manos

SALTO DE PÁGINA

Mi padre salía comentando que la próxima vez habría carta. Con los años, afirmaba que al menos los periódicos responderían. Un estudiante me ha dicho que, por lo regular, los periódicos creen que asuntos como estos carecen de interés general. Esto en el caso de que los mismos no estén a favor del gobierno y sus autoridades, y callen cuando pueda perjudicarles. Mi padre tardó en desengañarse de reclamar lejos varios años. Un día, a la desesperada, fue a sembrar la parte del panteón que aún no tenía cadáveres, para afirmar su propiedad. Lo tomaron preso los gendarmes, mandados por el subprefecto en persona, y estuvo dos días en la cárcel. Los trámites estaban ultimados y el terreno era de propiedad municipal legalmente.

IMAGEN 1

Calixto y su hijo esperando al frente de la casa

IMAGEN 2

Un candado y una cadena aseguran dos puertas de hierro

SALTO DE PÁGINA

Cuando mi padre iba a hablar con el Síndico de Gastos del Municipio, el tipo abría el cajón del escritorio y decía como si ahí debiera estar la plata: “No hay dinero, no hay nada ahora. Cálmate, Garmendia. Con el tiempo se te pagará”. Mi padre presentó dos recursos al juez. Le costaron diez soles cada uno. El juez los declaró sin lugar. Mi padre ya no pensaba en afilar la cuchilla y el formón. “Es triste tener que hablar así -dijo una vez-, pero no me darían tiempo de matar a todos los que debía”. El dinerito que mi madre había ahorrado y estaba en una ollita escondida en el terrado de la casa, se fue en cartas y en papeleo.

IMAGEN 1

Calixto de espaldas con sus manos en forma de puño

IMAGEN 2

Ollita de cerámica vacía. Las últimas dos monedas se encuentran sobre la mesa

SALTO DE PÁGINA

A los seis o siete años del despojo, mi padre se cansó hasta de cobrar. Envejeció mucho en aquellos tiempos. Lo que más le dolía era el atropello. Alguna vez pensó en irse a Trujillo o Lima a reclamar, pero no tenía dinero para eso. Y cayó también en cuenta de que, viéndolo pobre y solo, sin influencias ni nada, no le harían caso. ¿De quién y cómo valerse? El terrenito seguía de panteón, recibiendo muertos. Mi padre no quería ni verlo, pero cuando por casualidad llegaba a mirarlo, decía: “¡Algo mío han enterrado ahí también! ¡Crea usted en la justicia!”. Siempre se había ocupado de que le hicieran justicia a los demás y, al final, no la había podido obtener ni para él mismo.

IMAGEN 1

3 personajes. A la izquierda el juez de piel blanca, a la derecha el alcalde de rasgos mestizos, y en primer el centro el policía, mestizo de tez más oscura. Los 3 personajes tienen una mirada de pesar y desapruebo.

IMAGEN 2

Remigio adulto y su madre en primer plano. En segundo plano se ve Calixto sin color y de perfil.

SALTO DE PÁGINA

Otras veces se quejaba de carecer de instrucción y siempre despotricaba contra los tiranos, gamonales, tagarotes y mandones. Yo fui creciendo en medio de esa lucha. A mi padre no le quedó otra cosa que su modesta carpintería. Apenas tuve fuerzas, me puse a ayudarlo en el trabajo. Era muy escaso. En ese pueblito sedentario, casas nuevas se levantarían una cada dos años. Las puertas de las otras duraban. Mesas y sillas casi nadie usaba. Los ricos del pueblo se enterraban en cajón, pero eran pocos y no morían con frecuencia. Los indios enterraban a sus muertos envueltos en mantas sujetas con cordel. Igual que aquí en la costa entierran a cualquier peón de caña, sea indio o no. La verdad era que cuando nos llegaba la noticia de un rico difunto y el encargo de un cajón, mi padre se ponía contento. Se alegraba de tener trabajo y también de ver irse al hoyo a uno de pandilla que lo despojó. ¿A qué hombre tratado así no se le daña el corazón? Mi madre creía que no estaba bueno alegrarse con la muerte de un cristiano y encomendaba el alma del finado rezando unos cuantos padrenuestros y avemarías.

IMAGEN 1

La madre de Remigio de espaldas rezando. Lleva sus dos trenzas un saco y una pollera. En segundo plano se ve un crucifijo colgado en la pared.

IMAGEN 2

Un cuerpo envuelto en costales y cuerdas.

SALTO DE PÁGINA

Duro le dábamos al serrucho, al cepillo, a la lija y a la clavada mi padre y yo, que un cajón de muerto debe hacerse luego. Lo hacíamos por lo común de aliso y quedaba blanco. Algunos lo querían así y otros que pintado de color caoba o negro y encima charolado. De todos modos, el muerto se iba a podrir lo mismo bajo la tierra, pero aun para eso hay gustos. Una vez hubo un acontecimiento grande en mi casa y en el pueblo. Un forastero abrió una nueva tienda, que resultó mejor que las otras cuatro que había. Mi viejo y yo trabajamos dos meses haciendo el mostrador y los andamios para los géneros y abarrotes. Se inauguró con banda de música y la gente hablada del progreso. En mi casa hubo ropa nueva para todos. Mi padre me dio para que la gastara en lo que quisiera, así, en lo que quisiera, la mayor cantidad de plata que había visto en mis manos: dos soles.

IMAGEN 1

Ataúd en construcción

IMAGEN 2

Remigio sostiene dos monedas con su mano izquierda. Lleva una camisa con remiendos y un chaleco.

SALTO DE PÁGINA

Con el tiempo, la tienda no hizo otra cosa que mermar el negocio de las otras cuatro, nuestra ropa envejeció y todo fue olvidado. Lo único bueno fue que yo gasté los dos soles en una muchacha llamada Eutimia, así era el nombre, que una noche se dejó coger entre los alisos de la quebrada. Eso me duró. En adelante, no me cobró ya nada y si antes me recibió los dos soles, fue de pobre que era. En la carpintería, las cosas siguieron como siempre. A veces hacíamos un baúl o una mesita o tres sillas en un mes. Como siempre, es un decir. Mi padre trabajaba a disgusto. Antes lo había visto ya gozarse puliendo y charolando cualquier obrita y le quedaba muy vistosa. Después ya no le importó y como que salía del paso con un poco de lija.

IMAGEN 1

Eutimia entre los arbustos. Lleva dos trenzas y una camisa blanca de manga corta. Su mirada es tranquila y amable.

IMAGEN 2

Calixto saliendo por la puerta.

SALTO DE PÁGINA

Hasta que por fin llegaba el encargo de otro cajón de muerto, que era plato fuerte. Cobrábamos generalmente diez soles. Dele otra vez a alegrarse a mi padre, que solía decir: “¡Se fregó otro bandido, diez soles!”; a trabajar duro él y yo; a rezar mi madre, y a sentir alivio hasta por las virutas. Pero ahí acababa todo. ¿Eso es vida? Como muchacho que era, me disgustaba que en esa vida estuviera mezclado tanto la muerte. La cosa fue más triste cada vez. En las noches, a eso de las tres o cuatro de la madrugada, mi padre se echaba unas cuantas piedras bastante grandes a los bolsillos, se sacaba los zapatos para no hacer bulla y caminaba agazapado hacia la casa del alcalde. Tiraba las piedras, rápidamente, a diferentes partes del techo, rompiendo las tejas. Luego volvía a la carrera y, ya dentro de la casa, a oscuras, pues no encendía luz para evitar sospechas, se reía. Su risa parecía a ratos el graznido de un animal. A ratos era tan humana, tan desastrosamente humana, que me daba más pena todavía.

IMAGEN 1

Retrato de Calixto con mirada y risa malévola.

SALTO DE PÁGINA

Se calmaba unos cuantos días con eso. Por otra parte, en la casa del alcalde solían vigilar. Como había hecho incontables chanchadas, no sabían a quién echarle la culpa de las piedras. Cuando mi padre deducía que se habían cansado de vigilar, volvía a romper tejas. Llegó a ser un experto en la materia. Luego rompió tejas de la casa del juez, del subprefecto, del alférez de gendarmes, del Síndico de Gastos. Calculadamente, rompió las de las casas de otros notables, para que si querían deducir, se confundieran. Los ocho gendarmes del pueblo salieron en ronda muchas noches, en grupos y solos, y nunca pudieron atrapar a mi padre. Se había vuelto un artista en la rotura de tejas. De mañana salía a pasear por el pueblo para darse el gusto de ver que los sirvientes de las casas que atacaba subían con tejas nuevas a reemplazar las rotas.

IMAGEN 1

Retratos el juez (blanco), subprefecto (mestizo), alférez de gendarmes (mestizo) y del Síndico de Gastos (blanco)

IMAGEN 2

El alcalde mira con odio al gendarme que sostiene una piedra.

SALTO DE PÁGINA

Si llovía era mejor para mi padre. Entonces atacaba la casa de quien odiaba más, el alcalde, para que el agua la dañara o, al caerles, les molestara a él y su familia. Llegó a decir que les metía el agua en los dormitorios, de lo bien que calculaba las pedradas. Era poco probable que pudiese calcular tan exactamente en la oscuridad, pero él pensaba que lo hacía, por darse el gusto de pensarlo. El alcalde murió de un momento a otro. Unos decían que de un atracón de carne de chancho y otros que de las cóleras que le daban sus enemigos. Mi padre fue llamado para que hicieran el cajón y me llevó a tomar las medidas con un cordel. El cadáver era grande y gordo. Había que verle la cara a mi padre contemplando al muerto. Él parecía la muerte.

IMAGEN 1

Silueta de hombre corriendo bajo la lluvia

IMAGEN 2

Retrato de Calixto a la luz de la vela. Lleva una camisa blanca y un blazer negro. Mirada apacible y feliz.

SALTO DE PÁGINA

Cobró cincuenta soles adelantados, uno sobre otro. Como le reclamaron el precio, dijo que el cajón tenía que ser muy grande, pues el cadáver también lo era y además gordo, lo cual demostraba que el alcalde comió bien. Hicimos el cajón a la diabla. A la hora del entierro, mi padre contemplaba desde el corredor cuando metían el cajón al hoyo, y decía: “Come la tierra que me quitaste, condenado; come, come”. Y reía con esa su risa horrible.

IMAGEN 1

Ataúd abierto se alcanza a ver la barriga del muerto

SALTO DE PÁGINA

En adelante, dio preferencia en la rotura de tejas a la casa del juez y decía que esperaba verlo entrar al hoyo también, lo mismo que a los otros mandones. Su vida era odiar y pensar en la muerte. Mi madre se consolaba rezando. Yo, tomando a Eutimia en el alisar de la quebrada. Pero me dolía muy hondo que hubieran derrumbado así a mi padre. Antes de que lo despojaran, su vida era amar a su mujer y su hijo, servir a sus amigos y defender a quien lo necesitara. Quería a su patria. A fuerza de injusticia y desamparo, lo habían derrumbado.

IMAGEN 1

La madre de Remigio, ya entrada en años, sostiene en la mano izquierda un fósforo encendido para prender 3 velas que acompañan a una virgen sobre la mesa.

SALTO DE PÁGINA

Mi madre le dio esperanza con el nuevo alcalde. Fue como si mi padre sanara de pronto. Eso duró dos días. El nuevo alcalde le dijo también que no había plata para pagarle. Además, que abusó cobrando cincuenta soles por un cajón de muerto y que era un agitador del pueblo. Esto ya no tenía ni apariencia de verdad. Hacía años que las gentes, sabiendo a mi padre en desgracia con las autoridades, no iban por la casa para que les defendiera. Con este motivo ni se asomaban.

IMAGEN 1

Retrato del nuevo alcalde. Mestizo con poco pelo y ojos azules lleva un traje y una corbata señala con el dedo índice de la mano derecha.

IMAGEN 2

Botella abierta al lado de una taza de peltre y un lápiz roto por la mitad.

SALTO DE PÁGINA

Mi padre le gritó al nuevo alcalde, se puso furioso y lo metieron quince días en la cárcel, por desacato. Cuando salió, le aconsejaron que fuera con mi madre a darle satisfacciones al alcalde, que le lloraran ambos y le suplicaran el pago. Mi padre se puso a clamar: “¡Eso nunca! ¿Por qué quieren humillarme? ¡La justicia no es limosna! ¡Pido justicia!”.

IMAGEN 1

Remigio joven adulto mirando a su padre. Calixto y su esposa envejecidos con una mirada de cansancio.

IMAGEN 2

Brazo derecho de Calixto con la manga de la camisa remangada y la mano en forma de puño en símbolo de lucha.

SALTO DE PÁGINA

Al poco tiempo, mi padre murió.

IMAGEN 1

Anselmo de espaldas mirando a Remigio contar el fin de la historia

FIN

SALTO DE PÁGINA

CIRO ALEGRÍA BAZÁN (1909 - 1967) Escritor, político y periodista peruano. Representante de la narrativa indigenista peruana con sus obras La serpiente de oro (1935), Los perros hambrientos (1939) y El mundo es ancho y ajeno (1941).

IMAGEN 1

Retrato de Ciro Alegría de perfil

CONTRAPORTADA

Imagen en rojo. Brazo derecho de Calixto con la manga de la camisa remangada y la mano en forma de puño en símbolo de lucha

1. Reflexión escrita por James Scorer

La historia de Calixto Garmendia es una historia de voces. La voz del hijo de Calixto, Remigio, suena ‘hondo’ y con ‘un rudo timbre de emoción’ mientras relata la historia de su padre, un hombre cuyas palabras no son escuchadas. La historia de Calixto Garmendia es también una historia de la tierra: a medida que un brote de tifus se extiende por la zona, el terreno de Calixto, donde su familia observa ‘amarillear el trigo, verdear el maíz, azulear las habas’, es ocupado por autoridades locales y utilizado como cementerio para enterrar a los muertos. Sus quejas sobre este abuso de la tierra aterrizan en oídos sordos. Sin embargo, leyendo entre líneas la historia de Ciro Alegría de 1954 sobre la lucha de clases, la propiedad de la tierra, la protesta y la indiferencia del estado, la del carpintero Calixto Garmendia también trata sobre la raza. Incrustados en estos paisajes de desigualdad de clases están también los ‘indios’ que trabajan en la tierra de su padre, la multitud multiracial que le pide a Calixto que vocalice sus quejas, y las poblaciones indígenas que entierran a sus muertos envueltos en mantas en lugar de los ataúdes de madera que Calixto construyó para los más pudientes. En su visualización de la historia de Alegría, Jesús Cossio utiliza viñetas visuales y tonos de color para transformar este discurso de raza verbalmente implícito en visualmente explícito. Cossio narra la historia a través de retratos más que a través del pasaje: los territorios en sus páginas están compuestos por rostros enojados, rostros cansados, rostros de luto, de indiferencia, de desdén. E incluso en la ropa que usan, Cossio captura el discurso racial que sustenta la narrativa: tirantes, corbatas, ponchos remendados, pañuelos plegados, chulpas y sombreros trilby, todos cuentan una historia. Parte de las desigualdades raciales arraigadas en la historia de Alegría es, como suele ocurrir con los (neo)indigenismos de este período, la cuestión de si se puede, y cómo, escuchar a los subalternos. Los pueblos indígenas de la zona no tienen voz sin Calixto, su vocero: ‘Don Calixto, encábecenos’. Pero el llamado del analfabeto Calixto a una ‘justicia’ vagamente definida también cae en oídos sordos. El símbolo de su fracaso - no decir la verdad al poder sino asegurarse de que el poder escuche la verdad que dice - está encapsulado en las cartas que le paga a un notario para que escriba en su nombre y de las que no recibe respuesta. Tal es la futilidad de las palabras vocalizadas por otro. Entonces, la historia de Alegría, al igual que este zine, plantea una pregunta no solo sobre cómo buscar formas de resistencia cuando las voces de disidencia no son escuchadas, sino también sobre cómo abordar la futilidad del ‘papeleo’ de Calixto. Tanto Alegría como Cossio se preguntan si todavía hay algo en el poder de las palabras e imágenes impresas que pueda dar cuenta de la injusticia de las tierras transformadas de huertas maduras de múltiples colores en un depósito para los restos en descomposición de los desposeídos.

James Scorer